

TIPACOQUE

EDUARDO
CABALLERO CALDERON



Colección de estampas o cuadros de costumbres donde se desnuda el alma simple del campesino boyacense, se retrata con mano maestra al gamonal, al bandolero, al cura; las creencias y supersticiones, las celebraciones, la belleza de la comarca; el rancho, el trapiche, las lomas, con el lenguaje sencillo, gracioso y coloquial propio de los personajes que hallamos en las obras de Caballero Calderón y que han trascendido los límites de ese pequeño terruño.

“Sitios tan largo tiempo abandonados, Presentes siempre en la memoria”.

Juan Antonio Calcaño.

Dedico a mi comadre Santos este libro cuyos únicos lectores posibles, que serían los tipacoques, excepción hecha de Marcos Lizarazo y de Siervo Joya no saben leer.

INTRODUCCIÓN

TIPACOQUE AL TRAVÉS DE LA CLARABOYA

En la casa de mi abuela había un cuarto donde mama Toya remendaba la ropa. Era una estancia oscura, de gruesos paredones, que no recibía más luz que la muy tamizada y mezquina que se filtraba por la claraboya, cuyos vidrios se volvieron grises y opacos con las lluvias y el hollín que desparramaba el viento sobre los tejados. Era un cuarto misterioso, al que se entraba por una puerta demasiado pequeña para la altura excesiva de las paredes. Su media luz estaba poblada de sugerencias, de esbozos de figuras, de crujidos medrosos, de voces extrañas y aun en pleno día, cuando el sol se asomaba un momento por la claraboya y formaba un charco amarillo en las tablas del piso —que en la espesa columna luminosa flotaban partículas de polvo y pelusas de ropa que se incendiaban como estrellas errantes— uno se sentía sumergido en una comarca nocturna. Cuando jugábamos a las escondidas, ninguno de nosotros se atrevía a refugiarse allí, a no ser que estuviera lloviendo y mama Toya, sentada en el suelo en medio de un mar congelado de ropa blanca, estuviera remendando las medias en su calabazo y prendiendo grandes parches de lino en las sábanas rotas. Entonces, para evitar que nos entrara la tentación de bajar al jardín a jugar con la gruesa capa de granizo que se formaba entre los surcos de claveles y de rosales, mama Toya nos contaba cuentos. Comenzaba con un “érase que se era un buen rey que tenía tres hijos...” al cual ella llamaba respetuosamente “sacarrial majestá”. Luego, para hacer

más impresionante el relato, callaba un buen espacio mientras enhebraba la aguja poniéndola a una enorme distancia de los ojos negros y pequeñitos. Y terminaba diciendo con su voz recia, a tiempo que una fuerte risa le sacudía todo el cuerpo: "Colorín colorao, este cuento se ha acabao", o "y entonces se casaron y tuvieron muchos hijos" o "se acabó el cuento y se lo llevó el viento".

Casi siempre eran los mismos cuentos: el del Caballito de los Siete Colores que se fuga del recinto amurallado de la ciudad por el camino luminoso del arco iris; el de Blanca Nieves "de cabellos negros como el ébano, piel blanca como la nieve y labios rojos como la sangre", que soltaba su mata de pelo cuando quería ver a su madre; y, finalmente, el de la Camisa del Hombre Feliz. Cuando había agotado su repertorio nos contaba historias de Tipacoque, con bandidos que agonizan en la soledad de los caminos al filo de la media noche, clavados por un puñal; almas en pena que andan por los corredores barridos por el viento y cazadores furtivos de venados que persiguen en la montaña de Onzaga un zorro blanco, de ojos de esmeralda y hocico de coral, fugitivo e inasible como el pensamiento. Remedaba el grito de los cazadores y el gruñido burlón del animal, que se tiraba por un barranco en el límite de la montaña y quedaba entonces todo el bosque flotando en una nube azufrosa.

Cuando el granizo repicaba más recio en los cristales de la claraboya, ella solía decir, con un ruidoso suspiro: "¡Díganle a su abuela, niños, que me mande otra vez a Tipacoque!".

Y el nombre espeso, lento y extraño de Tipacoque, se entremezcla al rey que tenía tres hijos, al Caballo de los Siete Colores, al pelo de Blanca Nieves, a los bandidos que morían apuñaleados en la soledad de los caminos, al zorro de las montañas de Onzaga y a la Camisa del Hombre Feliz: para quedar girando en torno de ella como el de un reino imaginario, donde alumbrara siempre el sol y los cañaverales cantaran con el viento. Tipacoque se convertía

para nosotros, al través de sus palabras, en una tierra fabulosa de donde llegaban los arrieros silenciosos, que a su paso por los corredores dejaban en suspenso un agrio olor cuando entraban por el zaguán con la mula del correo por delante, y sostenían luego en el solar incomprensibles diálogos con ella. Había en ese nombre de Tipacoque el olor de las manzanas canelas que mi abuela guardaba en el armario de su alcoba para perfumar el lienzo; el sabor de los alfandoques y de los alfeñiques; la virtud de las raíces amargas y de las hojas de coca que ella hacía cocer para sus tisanas; la consistencia de los bultos de panela envueltos en hojas de caña o la de los panes de azúcar morena que venían de allá y Emilia Arce guardaba en la despensa.

De allá vinieron en un tiempo inmemorial para nosotros, Dámaso el cochero y José Fuentes, el muchacho de los mandados; Samuelito el criado de mi tío José Miguel y el indio Ismael que tenía a su cargo el cuidado del jardín y era tan perezoso que se sentaba en el suelo del patio para barrer hasta donde le alcanzara la escoba.

—Si no fuera por esta maldita pereza, misiá Toya, el indio Ismael llegaría muy lejos, decía. (Pero pudo más la pereza, y nunca llegó el indio Ismael a ninguna parte).

De Tipacoque llegaban los tíos, cargados con pieles de zorro cazados en el páramo, complicadas cornamentas de venados y otros trofeos de caza, —cuando la pesebrera se llenaba en las noches de luna de ladridos de la jauría y se encerraban horas enteras con mi abuela para hablar de allá, del país imaginario donde hacía siempre sol cuando granizaba sobre la claraboya. Emilia Arce, la despensera que fabricaba los dulces de almíbar y las brevas rellenas, de allá había venido; de allá vino mama Toya, la costurera que se la pasaba encerrada en el cuarto del zaguán, dialogando consigo misma, y dedicada a múltiples trabajos que le encomendaba mi abuela; y Carmelita Díaz, una viejita sorda que no tenía ocupación fija en la casa y sólo acertaba a levantar la cabeza cuando oía pronunciar a distancia el nom-

bre de Tipacoque. Finalmente de allá eran las pesadas morrocotas que mi abuela guardaba en su armario y de las cuales me daba una cuando era mi cumpleaños y llegaba a pedirle la bendición, con el aire un poco compungido no tanto por ser la fecha de mi santo como porque (pues estaba estrenando vestido) tenía prohibición de ensuciarme “aun cuando fuera las manos”.

—Mama Toya, cuéntanos más de Tipacoque, le decíamos nosotros.

Y ella, mientras enhebraba la aguja o metía una media en el calabazo, nos hablaba de los lentos viajes a la provincia hacia fines del siglo, cuando durante dos meses la caravana familiar —con gran impedimenta de almofrejes que hacían equilibrio sobre el espinazo de las muías de cargase arrastraba por los caminos del páramo, deteniéndose al capricho de mi abuela en un valle, en una loma, al pie de un río, en una encrucijada, para permanecer allí dos días hasta cuando ella diera otra vez la orden de marcha. Iba apoltroñada en su silla de manos, cargada por dos tipacoques que tenían el paso tranquilo de los parihueleros. En un rincón del oratorio estaba ahora la silla, en reposo, pintada de rojo con molduras doradas; y al través de los cristales de su ventanilla que brillaban confusamente en la penumbra, nosotros creíamos ver el perfil aguileño de la vieja que leía en su Libro de Horas o miraba al campo.

Era un continuo vagar por caminos polvorientos, estepas heladas, páramos estremecidos en la madrugada con el ladrido de los perros que veían sombras de bandidos entre la niebla. Un día cualquiera, al llegar a la cumbre de Guantiva, las rocas se abrían en un balcón que mira al valle del Chicamocha y en la atmósfera, cada vez más espesa y más tibia, comenzaba a flotar el olor de los trapiches y de los naranjos (olor de panela y de azahar), y contra las piedras del cauce galopaba el río, en cuyas sílabas ruidosas, se enreda toda mi infancia.

—Cuenta más, mama Toya, le decíamos nosotros.

Desde entonces comenzó a cantarme en el corazón la biografía de Tipacoque, la historia de esa comarca desconocida de los viajeros, defendida del mundo por la barrera de sus páramos y de sus precipicios. No soy historiador, ni me he acercado a sus pobladores con un prejuicio literario. Los conozco desde niño, en el jardín de la casa de mi abuela, o en los corredores de Tipacoque, o en sus ranchos a cuya puerta ellos acuden para mostrarme el niño recién nacido que no existía sino en proyecto en el verano, y a ofrecerme caldo de naranja exprimido en una totuma. Me he sentado a descansar en un bulto de papa, en la tienda de Agapito. He tomado aguardiente en la de Balbino. He conversado largas horas con Santos sobre mis abuelos difuntos, los espantos de la huerta, y las rarezas de una tía mística y medio loca que pasaba largas temporadas en la hacienda llorando la muerte de un tío mío que está enterrado en el suelo de la capilla. He comido un cabrito en la Vega, a la orilla del Chicamocha, tendido en el suelo par a par con Siervo Joya, que me hablaba de su hijo militar o me leía una página del Arancel Aduanero. Conozco a los tipacoques —que tienen una existencia real muy distinta de esa vida quimérica que les atribuyen los diputados izquierdistas que hacen su entrada a los congresos con un elogio del indio, y terminan por no darle la mano a alguno de ellos cuando va a pedirles un puesto en los pasillos de la Cámara—: conozco a los tipacoques mejor que nadie. Sé cómo nacen, cómo viven y cómo mueren. Son seres de carne y hueso que han matado y se han dejado matar por mis abuelos; y harían otro tanto por mí, no porque yo se los mande, sino porque me quieren.

A mi abuela, cuando era niña, la cargó el padre de Jesús, o el tío de Marcos Lizarazo, o el abuelo de Siervo Joya —en la cabeza del galápagos— en los viajes a través de los páramos y de los caminos boy acenses. Tiempo más tarde el mismo tipacoque, o su hijo, la llevaron por los caminos y los mismos páramos en su silla de manos. Una trabazón

profunda y antigua de afectos existía ya entre ellos y yo cuando por primera vez fui a Tipacoque y Santos, con la delicadeza de un cirujano o de un artista, y sin otro instrumento que una larga aguja de arria de talonar alpargates, me reventó una nigua que se me había instalado en el dedo meñique de un pie, por andar descalzo en compañía de Domingo, el nieto de la mamá-señora, que cuidaba las cabras en el monte.

¿Cómo podía yo dejar de escribir esta historia? Sé que la vida silenciosa y humilde de esos amigos míos y la belleza de esas regiones —los primeros menos ilustres que Napoleón o Fouché, y las segundas más desconocidas que el Nilo— carecen de importancia. Así no faltarán gentes que piensen con la misma lógica inflexible de Santos cuando yo idealmente le leía su historia, que ella me contestaba:

—¡Y eso pa qué se ha puesto sumercé a escribir esas cosas!

Pero, tengo que confesarlo, me ha ocurrido lo que le pasaba a mama Toya cuando sentada en medio de su pequeño mar de ropa blanca, en el cuarto de la claraboya, nos contaba historias de Tipacoque. Siento un gran gusto en contar esas cosas, aunque “se acabe el cuento y se lo lleve el viento”.

CAPÍTULO I

HISTORIA DE LA CASA

El viajero que lleva diez horas de marcha en automóvil por la carretera del Norte, a los trescientos cuarenta kilómetros de Bogotá pasa por Tipacoque cuando ya va cayendo la tarde y una bruma espesa y lechosa asciende lentamente por las escarpadas laderas. Es el aliento del Chicamocha, cuyos retazos pueden verse en la profundidad, como pantanos o lagunas, desde los recodos del camino. De Soatá hacia el norte la carretera comienza a descender cada vez más de prisa, en busca de las vegas, y entonces para el viajero que no se ha dormido arrebujaado entre sus mantas, el cañón del Chicamocha se ofrece como un espectáculo tremendo. Parece mentira que un río más tormentoso que profundo, todavía de caudal escaso, pues no recibe sino leguas más abajo, en tierras de Santander, el aporte de los ríos azules y helados que bajan de la sierra nevada de Güicán, fuera capaz de abrir semejante brecha en la roca viva de los Andes. A cada vuelta del camino se le ve correr más profundo, por mitad de la vega, entre una estrecha cinta de verdura. Casi a pico, formando dos murallo- nes paralelos, se elevan los brazos de la cordillera. El de la izquierda se abre en Tipacoque, formando un gigantesco hemiciclo. La carretera lo contornea paso a paso, prendida como una cabra a los vertientes áridos, sembrados de pe- ñas y cactus, y es frecuente verla rodar hasta el abismo cuando el invierno convierte en torrenceras todas las que- bradas de la montaña.

Yo he lidiado no una, sino muchas veces, el invierno de la montaña. El antiguo camino real, empedrado a trechos, hendido a veces en la roca, otras medio ahogado por la fronda de los cañaverales donde se vuelve apenas una simple trocha, en invierno es un lodazal intransitable. Del monte bajan con estruendo las aguas. De pronto se oye el estampido de un trueno, que se aleja de bote en bote por la hoya del Chicamocha. La tierra empapada se desmorona en los taludes del camino, y piedras de gran tamaño comienzan a rodar por la falda de Bavatá, que es una región escarpada y desierta, hirviente en el verano, y a donde sólo se encuentra el arrimo de algún chiquero de cabras. Yo transité, siendo niño, por el viejo camino real que hoy ha borrado por completo la carretera. Ésta llegaba apenas hasta el comienzo del páramo, en las goteras de Guantiva, y para llegar a Tipacoque era necesario hacer una jornada a caballo. Por entonces hice mi primer conocimiento con aquella tierra cuya savia llevo en la sangre. Bajo la lluvia, entre la bruma, ¡cómo era de tremendo ese cañón del Chicamocha, cómo parecía de estrecho el camino y la soledad era más angustiosa! Recuerdo el olor de los estrepitosos aperos que cubrían casi del todo el lomo pando del caballo de paso. Nos envolvía, a él y a mí, una nube de vaho caliente. El sacudía la cabeza para espantarse alguna mosca, o libertar las orejas del agua que le chorreaba por el pescuezo formando pequeños surcos en la piel, y yo aspiraba el olor de la tierra húmeda. Pero no se trataba de un olor total. El campo está lleno de fragancias que en el invierno se elevan con ardor, de la tierra empapada y caliente. Hay, por ejemplo, la que despiden los trapiches, que es una de las más apacibles del mundo. Tibia, lenta, se apodera poco a poco de los sentidos hasta embriagarlos con una embriaguez muy dulce. Por trechos, en las vecindades de alguno de los trapiches que están tirados por las laderas de Tipacoque —y se llaman Trapiche Viejo, Vega de León, El Pozo, Huerta Grande, El Encanto—, todo el aire se embalsama

con el perfume de la panela. Pero no es el de esa panela que va cargada a lomo de buey, camino del mercado, sino de la pasta amarilla y espesa que un trapichero bate en los fondos, para darle punto. Pero basta una racha de viento para que aquéllo se vaya de las narices y quede, en cambio, el tufo de establo que arrastran tras de sí las recuas de muías o las yuntas de bueyes de labor que van por el camino a paso tardo, en pos del canto triste de los arrieros. Entonces soñaba con aquella estampa infantil y elemental del pesebre del Niño Dios, que debió oler a eso: a boñiga que se desbarata en la tierra, a lomo de animales que tienen la piel mojada, a leche fresca, a vaho de mula y de buey. Y hay, también, la fragancia de las hierbas amargas que crecen a la orilla del camino, y el tufo ácido de los arrieros y espoliques, y el apestoso aroma del perro calungo que sale a ladrarle al caballero en una vuelta del camino, y el relente del rancho que se desploma en la vertiente, donde al amparo de un rústico alero de paja ya podrida, una india, sentada en cuclillas, mira todas las rocas con una absoluta indiferencia.

Y cuando pasan, camino de los corrales, tropas de cabras que van saltando las cercas del camino, con una rama de hierba en el hocico, flota en el aire un olor especial, inconfundible también, identificable por mí aun con los ojos cerrados. Por eso mi mayor sorpresa cuando trabé conocimiento con el camino que lleva a Tipacoque, consistió en descubrir que el camino hiede, tiene un olor total que puede analizarse en mil olores diferentes, lo que no ocurre en las ciudades. Las ciudades no huelen, o tienen mal olor.

En el nombre de Tipacoque —dorado como una hoja de tabaco que se seca en un tambo, o como el sol de los venados, o como el alfandoque que se endurece en las gaberías—, percibe uno esa fragancia y ese olor a cabra, a tierra húmeda y a miel, de que está llena toda la comarca.

¡Ah! Pero en el verano es otra cosa. El cielo se tiñe de un azul intenso, los tablones de caña se tornan amarillos, se

oye vibrar la luz en el aire y se sigue con gran facilidad el vuelo de los “chulos” o gallinazos que se remontan en perezosas espirales, con una elegancia que ningún avión lograría igualar. A veces uno de ellos, después de columpiarse en la altura, se para en el tope de la espadaña de la capilla y se pone a mirar el campo. Del lado de abajo comienza a agriarse la pendiente, las construcciones medio derrumbadas de los trapiches —en medio de una alfombra de cañas—, y los tambos, que parecen ranchos sumergidos entre la verdura intensa de los tabacales, se despeñan sobre la vega donde espejean las aguas del Chicamocha. En frente se levanta, manchada de verde o de amarillo, por los potreros y los sembrados, la montaña inmensa. Si el día está despejado, se ve flotar en la cumbre, entre la tierra y el cielo, una faja blanca y luminosa, más alta que las nubes, que corresponde al nevado.

Yo sentí muchas veces el placer de los gallinazos, porque la carretera en la región de Tipacoque es una comisa suspendida sobre la profundidad del cañón. Me sentía presto a comenzar el vuelo, cuando me acercaba a la orilla para mirar hacia abajo. Un tufo caliente, cargado de aromas vegetales, me llenaba el pecho. Alguna cabra se aventuraba hasta la cornisa de un farallón o el saliente de una roca, y yo permanecía fascinado, como la cabra, por ese vértigo de las alturas que tonifica los nervios. Pero me gustaba ir más lejos, a lo largo de los caminos del monte, hasta un punto donde el estrecho valle del Chicamocha se abre en un abanico. La llanura, allá abajo, parece un golfo en el mar, o es como la tierra prometida, jugosa y verde, regada por su río perezoso. En el valle, oculta a medias por un bosquecillo de palmeras, se alza la torre de Capitanejo: la cordillera se vuelve roja; en la lejanía se desvanece el río en un mar de brumas brillantes, y toda la tierra legendaria de García Rovira, refugio de cabras y de bandidos, se recoge hacia los páramos de la derecha, sobre las vertientes del Guacamayas.

Es tal el encanto de ese paisaje fundamental para mí, que voy encontrando sus elementos en todos los paisajes, tanto que he llegado a convencerme de que los que he visto y he de ver en mi vida no son sino variantes de él, y en cuanto a sugestión no lo igualan. Ella se concentra en el caserón de la hacienda. Muchas veces he tenido la tentación de contar su historia. Las escrituras de propiedad, que reposan en la notaría de Soatá—aldea con su canónigo de armas tomar, sus huertos de naranjas, y en la plaza sus dos palmeras de dátil que se cubren en los primeros meses del año de orquídeas y de flores de Mayo—, son un venero inagotable. Tipacoque es la deformación de la palabra Zipacoque, que quiere decir en lengua muisca dependencia del Zipa. Reinaba allí una cacica, cuyo principado cobijaba toda la antigua hacienda, con sus aledaños, desde el Chicamocha hasta las montañas de Sátiva Norte y la Vega al camino de Onzaga. Cuando vino la conquista, una partida de frailes dominicos la despojaron de su propiedad, y edificaron un convento...

(Santos es una vieja arrendataria que fue sirvienta de mi abuela y hoy vive todavía, con la piel curtida y arada por los años, ya sin dientes, pero todavía con la entereza y el garbo necesarios para bailar, con los gañanes, una cumbia. Y bien: Santos habla de los espantos del convento. Se necesita que haga noche de tempestad, que el ancho corredor de la casa esté barrido por el viento, y en la cocina la peonada, en torno al fogón, medite silenciosamente en la muerte. Entonces Santos cuenta que en una noche como esa, en vida del difunto... —algún hijo de mi abuela que le entregó su vida a la hacienda— se podía ver perfectamente una procesión de frailes dominicos que salía de la casa, atravesaba el huerto, se detenía en el altozano donde hoy se levanta la capilla, luego contorneaba las tapias de la alberca, y se desvanecía al cabo, entre un coro de responsos, en el Trápiche Viejo. Pero, a la verdad, yo nunca pude comprobar semejante historia).

De los frailes pasó la propiedad, en 1580, a manos de la familia. Fue, desde entonces, la casa de los Tejadas. Allí nacieron y murieron por espacio de cuatro siglos, hasta mi abuela, y aún cuando a comienzos de la Independencia muchos de ellos se establecieron en Bogotá, la hacienda siguió en sus manos, hasta la muerte de mi abuela, hasta mí, pese a que en hora mala la tierra se ha ido parcelando y vendiendo. Del inmenso fundo apenas queda la casa con unos cuantos tablones de caña y las lomas bravas y estériles, sembradas de cactus y de recuerdos. Hay en esas escrituras rúbricas y sellos de todas las épocas, testamentos de cuatro siglos, firmas de Tejadas autenticadas por funcionarios de Su Majestad Carlos V, o del sombrío Felipe II, o del liberal Carlos III; por notarios de la Corona, del virreinato, de la Patria Boba, del Estado Soberano de Boyacá, de la Nueva Granada, de la república de Colombia. Es una montaña de papel sellado, que mis abuelos debieron hojear golosamente muchas veces a la luz de una palmatoria, cuando la tempestad bramaba del lado del páramo y la procesión de los frailes dominicos iba por el altozano, camino del trapiche Viejo.

A fines del siglo, Tipacoque tenía cinco mil almas, diez mil hectáreas de tierra de sembradura, y las montañas de Onzaga, que se pierden hacia la izquierda, ya en provincias que pertenecen a Santander. El antiguo convento fue destruido a medias, y remendado hace más de un siglo, para componer la casa grande. Una noche cualquiera ardió medio tramo, porque el viento que venía de la huella desparramó las candelas que alumbraban en el corredor la estatua de Santa Rita, abogada de imposibles y patrona de la comarca. Se reedificó más tarde media casa. A comienzos del siglo, para evitar nuevos despropicios que pudiera causar el fervor a la Santa, se la quitó del corredor y se levantó una capilla. En la actualidad la casa es un conjunto inmenso, que tiene vestigios de todas las épocas; con cuatro patios enormes, uno de ellos cubierto de lajas y sembrado de